

Acerca de Alejandro VI

por VENTURA PASCUAL

Los apasionados comentarios que se han hecho recientemente a ciertas manifestaciones orales y escritas contra los Borjas en general y Alejandro VI en particular, nos mueven a reproducir algunos párrafos del Prefacio al tomo segundo de la obra de monseñor De Roo, en cinco volúmenes, intitulada "Material for a History of Pope Alexander VI, his relatives and his time", y cuya traducción española rehuyen publicar, desde hace catorce años, los editores españoles, imbuídos acaso en los mismos prejuicios que procura rebatir el autor en los siguientes extractos.

* * *

Con este segundo volumen comenzamos a reunir materiales para una Historia de Rodrigo de Borja, después Papa Alejandro VI, aunque bien sabemos los avisos que se nos han dado para que desistamos de nuestro intento.

"Únicamente los fanáticos pueden aventurarse a defender a Alejandro VI. Raynaldi le juzgó honradamente en lo que dijo de él, y Bzovio fué bastante descarado para alabarle", declara Gregorovio. Raynaldi, aunque imbuído en las ideas de Mariana en cuanto a la pureza moral del Pontífice, honradamente le hace justicia y lo elogia en varios pasajes de sus Anales; y por lo que toca a nosotros, nos consideramos dichosos de compartir con Bzovio el insultante epíteto del mordaz Gregorovio.

Hay historiadores católicos que no ven ningún daño en acumular sobre la memoria del Papa Alejandro VI toda suerte de insinuaciones y acusaciones, y rastrean en el polvo de archivos privados para hallar alguna nueva prueba o excusa para sus calumnias; y que al mismo tiempo disuaden a los escritores católicos de hablar en defensa de este Pontífice. Recientemente hemos leído en una celebrada revista que "historiadores no menos piadosos que sabios condenan muy severamente la conducta de Alejandro VI y que obrar de otro modo, lejos de favorecer a la causa del Papado, le haría, por el contrario, mucho daño; porque, tarde o temprano, la ver-

dad se levantaría contra el fraude de la mal aconsejada defensa y quedaría expuesta a la vergüenza y cubierta de ignominia. Esto equivale a asegurar que una palabra dicha en favor de este Pontífice es una palabra pronunciada a pesar de la verdad conocida; y que cualquier testimonio, prueba o documento publicado, aun en una seria y crítica defensa, está condenado a no ser de algún provecho, a ser echado a un lado por autores piadosos y sabios, para dejar que las viejas calumnias revivan y florezcan de nuevo. El autor de este artículo teme asimismo que hablar bien del calumniado Papa provocaría la sátira de los malos, que, al ser menos immotivada, sería más envenenada su mordedura. Teme que defender a este Pontífice excitaría la pasión de sus enemigos para vomitar más descaradas calumnias. ¿Acaso espera aplacar el odio de protestantes e infieles contra la Religión Católica, entregándoles el campo de la investigación histórica y dándoles la mano para ayudar a ultrajar a un Papa católico? Con razón amonesta Moroni a tan pusilánimes directores, cuando dice: "Un escritor católico no debe acumular sobre Alejandro VI cuanto pueda contristar y desfigurar a su Madre la Iglesia, deshonorando al mismo tiempo a uno que fué su padre en la fe."

Algunas sabias celebridades, como ellos se apellidan mutuamente, suministran sus advertencias con la autoridad de un juez supremo, cuando proclaman que cualquiera rehabilitación de Alejandro VI es sencillamente imposible. Así, asegura Gregorovio que el carácter moral de Alejandro VI no puede salvarse en presencia de documentos incontestables, de los cuales no aduce ni puede presentar uno solo. Asimismo, Pastor afirma que: "Es un deber del historiador manifestar forzosamente que hay testimonios a la mano, cuya fuerza probatoria es tal, que basta para reducir a la nada todo intento de salvar el carácter moral de este hombre. A esta clase pertenecen señaladamente las relaciones ignominiosas de Rodrigo con la romana Vannoza de Catanei." Desafiamos a Pastor a que presente un sojo ejemplo de cualquiera relación, sea la que fuere, con la española o la romana Vannoza,

a que demuestre por medio de algún documento o testimonio contemporáneo, digno de crédito, que Rodrigo de Borja habló en cualquier tiempo con una de las dos o que las vió siquiera. Para sostener su calumnia nos asegura en la página siguiente que la defensa de Alejandro VI se ha hecho para siempre imposible con la reciente publicación por Thuanes de los documentos conservados en el archivo del Duque de Osuna en Madrid. Sabemos, sin embargo, que Pastor nunca se vió dispuesto a deshorrar su Historia citando o refiriendo cualquiera de estos famosos documentos, que hemos demostrado (en el primer tomo) ser un cúmulo de maliciosas y necias falsedades.

Paréceme, dice Rawdon Brown, que la Historia se ha servido de los Borjas como de un lienzo para pintar sobre él toda la corrupción de los siglos XV y XVI. Panvino le denuncia como un hombre de inhumana ferocidad, de inmensa avaricia y rapacidad, de un insaciable deseo de proporcionar, justa o injustamente, dominios a sus hijos, y que se entregaba a toda suerte de placeres, cuando no era obligado por asuntos de importancia. La "Civilta Cattólica" enumera una veintena de vicios y crímenes imputados a Alejandro VI; pero concluye la larga lista con la atinada observación de que semejante exceso de inculpaciones, tanto en número como en gravedad, deben, tarde o temprano, suscitar sospechas en los entendimientos deseosos de la verdad.

La siguiente andanada de Gaspar de Verona ha sido copiada una y otra vez: "Es más fácil no hablar de este Papa, que decir algo de él serenamente. Sus vicios fueron extremados, sus virtudes fueron mediocres o, por mejor decir, fueron nulas. Obtuvo por malas artes la dignidad pontificia y la retuvo por medios no mejores. No he hallado, ni de lejos, un solo escritor que le alabe, ni de aquel tiempo ni de años más recientes."

Gaspar no tenía noticia de los elogios prodigados al Cardenal Rodrigo de Borja, en su advenimiento al solio pontificio, por Jasón Mayno, cuyo elogio fué impreso varias veces, y por los otros oradores, en los solemnes actos de obediencia de los príncipes católicos. No tenía noticia del Comentario del contemporáneo Jerónimo Porcio, impreso en el año 1493, tan laudatorio para el Papa Alejandro VI, que sugiere la idea de adulación... Gaspar de Verona ignoraba las alabanzas que el Obispo de Gallipoli tributó al difunto Papa Alejandro VI, en su sermón del 16 de septiembre de 1503, al Sacro Colegio de Cardenales, cuando éstos iban a entrar en conclave para la elección de su sucesor. Nunca supo las encumbradas alabanzas que Juan

López, Obispo de Perusa, ya en 28 de marzo de 1493, escribió al ilustre Enrique Enriquez en España.

Pocos años después de la muerte de Alejandro, al tiempo que los castigados tiranos fastuosos de los Estados Pontificios levantaban el clamoreo contra él, otro contemporáneo, Gil de Viterbo, se atrevió a deducir de sus acciones la siguiente descripción de sus talentos naturales. Tenía una inteligencia muy penetrante, dice; era ingenioso, prudente, industrioso, y tenía una elocuencia natural muy apta para convencer. Ningún hombre en cualquier tiempo obró más cuidadosamente, persuadió más poderosamente, defendió más tenazmente. Tan grande aparecía en todas las cosas, que en el pensar, en el hablar y en el sufrir, hubiera sido un gran príncipe, si las cualidades que le adornaban hubieran estado libres y no eclipsadas por muchos defectos. (No podía dejar de hacer —anota De Roo— una concesión al odio y prejuicios de la aristocracia de aquella época.) Parecería, continúa Gil de Viterbo, que nada impedía a nadie que le observase obrando públicamente, asegurar que había nacido para mandar. Era muy parco en el comer y dormir, pero amigo de recreaciones, aunque nunca omitió, por causa de ellas, el cumplimiento de sus públicos deberes o la recepción de visitas, y nunca negó su presencia o su respuesta a cualquier visitante oficial. Gil de Viterbo realmente acrecentó su elogio añadiendo que, a pesar de su benevolencia y actividad, el tiempo en que vivió fué un infausto, corrompido y turbulento período.

Leonetti menciona a cinco autores contemporáneos, todos los cuales elogian altamente al Papa Alejandro VI, y a quienes nunca leyó Gaspar de Verona.

Si citáramos escritores de años más recientes, al punto sería evidente que el Pontífice nunca fué tan absoluta y universalmente condenado, como se presume con demasiada frecuencia y demasiada ligereza.

Mariana, que fué engañado por el libelo manuscrito tan necio como maligno, de que luego hablaremos, tuvo que decir esto: "Muchas cosas siniestras se dijeron deste Pontífice: puédesse sospechar que algunas fueron verdaderas, otras impuestas; y que por el odio que como a extranjero le tenían, por lo menos que sus faltas no fueron tan graves como las encarecen." ("Historia de España", libro XXVI, cap. II.)

Hübner nos asegura que Alejandro VI fué considerado por sus contemporáneos como un gran Papa.

Von Reumont, que en otra parte le acusa acerbamente, declara con llaneza que las rela-

ciones sobre su conducta durante su largo cardenalato son contradictorias, "widersprechend", y que los escritores contemporáneos lo desfiguraron con frecuencia y los subsiguientes historiadores le calumniaron mucho. Y atestigua que su acción en materias eclesiásticas ningún motivo ha dado de censura, ya que sus más virulentos enemigos no han formulado, a este respecto, ninguna acusación contra él.

El Papa Alejandro VI nos ha sido presentado como tipo de toda maldad; pero más bien en los dominios de la novela que en el terreno de la historia. César Cantú y Muzzi declaran que los cuentistas y epigramáticos escribieron sobre Alejandro VI más ficciones que las que hallamos en toda la mitología.

Enrique de l'Épinois, propuesto por Thuasne como indispensable guía de todos los historiadores de los Borjas, asegura enfáticamente, sobre las aserciones de otros, que el Papa Alejandro VI tuvo hijos ilegítimos; pero también admite que en muchas ocasiones los defectos y crímenes imputados a él han sido exagerados o simplemente inventados. Si las acusaciones de inmoralidad y crueldad, añade, rayaron en lo increíble, no fueron pasadas en silencio, porque tratándose de un Borja, dicen, todo es posible. "Por todas partes han arremetido contra la memoria de este Pontífice, sin admitir lo que era irreparable y aun digno de alabanza en él, y de este modo han rodeado su nombre de una leyenda de crímenes."

Y ahora que la "infalible e irrevocable" sentencia de condenación del Papa Alejandro VI ha sido de este modo cercenada y prácticamente rechazada por la mayor parte de los mismos piadosos y sabios jueces, no extrañaremos que De l'Épinois y Thuasne afirmen que "la historia de este Papa todavía está por escribir".

Los historiadores católicos sabios, pero timoratos, no han dado la señal de alarma contra nuevos ultrajes del calumniado Pontífice; y protestantes e infieles, por no mencionar algunos profesionales católicos, han producido un rimer de libros y folletos, de artículos y discusiones para deshonorar al Papa Alejandro VI. Ni han necesitado la provocación de apologías o defensas de este Papa para continuar su ponzoñosa labor. "Los Borjas estimularán por largo tiempo el sondeo de historiadores y psicólogos", dice Gregorovio, y dice bien que "ellos —Rodrigo en particular— aparecerán siempre y permanecerán en el fondo como representantes de la Iglesia Católica. De aquí el interés grande que inspira cuanto a ellos se refiere. Si no fuera por esto, vendrían a ser como otro cualquiera de su clase." El descuido en sacar las pruebas de la

justificación del Papa Alejandro VI, por temor de excitar la pasión de los enemigos de la Iglesia constituye un doble error, porque nunca les impedirá renovar sus ataques, antes bien los harán más audaces para exagerar antiguas acusaciones y para inventar nuevos cargos.

Es digno de notarse que, aun respecto a varios cargos particulares, los autores católicos han guardado silencio hasta que protestantes e infieles, como Roscoe, Ranke, Voltaire y Gregorovio, los han desacreditado primero como improbables y falsos.

En el año 1880, A. Leonetti publicó su "Papa Alessandro VII" según los documentos y escritos de la época. Es una preciosa obra de Historia, pues el autor, por medio de una paciente investigación, descubrió casi todos los importantes detalles de la juventud y cardenalato de Rodrigo de Borja y del Papa Alejandro VI, y todas las más villanas inculpaciones hechas contra él, las cuales saca a luz honradamente una tras otra, las discute, aunque demasiado laboriosamente a veces, y refuta con testimonios contemporáneos. A Leonetti corresponde el honor de haber tenido valor para impugnar una infame prescripción de cuatro siglos y de ser el primero en insinuar la probabilidad de que los hijos Juan, César, Lucrecia, etc., de Borja, fueran legítima prole de uno de los deudos más cercanos del Cardenal.

El doctor von Pastor, sin inmutarse, desprecia autoritariamente a Leonetti como a un apologeta fracasado y no se digna tener en cuenta sus razonables discusiones y documentos.

Una revista que debe contarse entre las sabias y famosas producciones literarias, "La Civiltà", acogió la publicación de Leonetti con un artículo de siete páginas, como rara vez había escrito en elogio de algún historiador, en las cuales se disculpa noblemente de los reparos que había reproducido inadvertidamente en años anteriores contra el Papa Alejandro VI. La revista declara que "ha llegado el tiempo de reconstruir la historia de este Pontífice, como ha sido reconstruida en nuestro tiempo la historia de los Papas Gregorio VII e Inocencio III. Ella da crédito a Leonetti por haber trazado de Alejandro VI una pintura, que, como se ha exhibido hasta hoy, aparece como una imagen pintada bajo los inciertos rayos del crepúsculo por un artista tan ciego en los ojos como atrevido en la mano. Según Mansi, nada bueno había en este Papa y todo lo malo estaba en él en pésimo grado. Esto en sí mismo es increíble, y Leonetti ha puesto en orden, no una o dos acciones o cualidades de Alejandro VI, sino una serie completa de ellas, de las cuales ningún sucesor de San Pedro pudo

factarse, y que bastan a cualquier hombre recto para hacerle rechazar la general opinión que había formado de este Papa. No es pequeño mérito del brillante escritor haber suscitado serias dudas, que de muchos entendimientos disiparán su anterior convicción. Concluimos diciendo que Leonetti con su obra ha prestado un gran servicio a la justicia, a la historia y a todos los fieles, que gozarán al ver a un Romano Pontífice vindicado de innumerables calumnias."

Habíamos adelantado considerablemente en nuestras investigaciones, antes de leer a Leonetti, y ya habíamos conseguido entonces acumular no pocos documentos y testimonios, al parecer desconocidos para él y cualquier otro escritor, sobre Alejandro VI. Observamos que muchos detalles interesantísimos de la historia del Pontífice se echaban de menos y que podían hacerse refutaciones más decisivas a sus calumniadores. Animados por la hazaña del brillante apologista, continuamos nuestra investigación de

hechos y pruebas, en diversos países, sin ahorrar dinero ni tiempo, a fin de averiguar a fondo quién era Alejandro VI, de qué había sido acusado y, especialmente, qué es lo que había hecho.

Estamos seguros de que los lectores de nuestra obra aplicarán al Papa Alejandro VI en particular lo que la "Civiltá Cattólica" dice de los Papas de fines del siglo XV en general:

"Cierto es que todo el que los contemple en columna cerrada, después de haber escuchado todas las enormidades que se acostumbra atribuir a su cargo, y los estudie en sus acciones y en los documentos auténticos de su pontificado, quedará aterrado al hallarlos enteramente diferentes de como se le habían representado, y apenas creará a sus propios ojos, cuando observe hasta qué punto son capaces de llegar la ignorancia y la malicia en la absurda caricatura de personajes históricos."

El memorial de un militar carlista

por MARTIN DE RIQUER

Entre la variada documentación referente a las guerras carlistas en Cataluña, recogida por mi bisabuelo D. Martín de Riquer y de Comelles, y conservada en mi archivo familiar, se halla parte de la correspondencia que él mantenía, con nombre supuesto a veces, con Melgar, numerosas relaciones de voluntarios encuadrados allende de los Pirineos para intentar un alzamiento que fracasó; documentos referentes a compra de armas, y librillos de papel de fumar llenos de avisos y observaciones a lápiz, mediante los cuales un rudimentario servicio de información, llevado a cabo algunas veces por mi bisabuela, burlaba los registros de las autoridades de la frontera de Francia.

A mi entender, de toda esta documentación lo que tiene un valor emotivo y da vida a todas aquellas penalidades, esperanzas y angustias es un memorial sobre sus servicios que mi bisabuelo presentó desde Venecia a Don Carlos VII el 2 de mayo de 1886. Melgar le contestó el 6 de junio de 1886 con la siguiente carta:

"Graz, 6 de junio 1886.

Muy Señor mío y de mi respeto: S. M. el Rey ha recibido la Memoria de V., así como a mí me ha llegado su atenta carta de Turín. S. M., que guarda de V. gratísimo recuerdo, ha deplorado en el alma no haberle visto, y si hubiésemos sabido dónde telegrafiarle a V., yo lo hubiera hecho rogándole, en nombre del Rey, que viniese aquí. Puede V. escribir cuanto guste, con sobre interior a mí y el exterior a estas señas: Francia. Monsieur de Marichalar, 89, rue de Grenelle. París. Es una dirección muy segura y por la cual nada ha sufrido pérdida ni extravío. S. M. el Rey saluda a V. muy cariñosamente. Yo aprovecho con gusto esta ocasión para ofrecerme de V. atento S. S. q. b. s. m.—F. M. Melgar."

Tal vez lo más curioso de la Memoria de don Martín de Riquer es el relato de la primera entrada de Carlos VII en España en 1869. De ella hablan los continuadores de la Historia de Espa-